

de la 16.^a división, y cuando entró en acción el II.^o cuerpo, las cabezas de columna del III.^o tomaron posiciones en el *Reppertsberg* y en el *Winterberg*. Los demás regimientos del cuerpo de ejército venían detrás, y una parte de ellos salía de Sarrebruck cuando otra parte se aproximaba á esta población. Los generales que sucesivamente van llegando se ponen de acuerdo: el general Goeben, jefe del VIII.^o cuerpo, toma el mando de manos del general Kameke; el general Zastrow, jefe del VII.^o cuerpo, sucede al general Goeben por derecho de edad; y al general d'Alvensleben, jefe del III.^o cuerpo, se le confía especialmente la dirección de los ataques contra la meseta. Mas, á pesar de estas direcciones múltiples, la unidad subsiste, pues como todos han bebido en la misma fuente iguales principios, todos tienen el mismo criterio. Todas las fuerzas van compareciendo, la caballería, la infantería y sobre todo la artillería; y á retaguardia se escalonan otros cuerpos de tropas, de modo que antes de que el día termine, podrán luchar en el campo de batalla más de 50.000 hombres.

Con estas fuerzas incesantemente renovadas prosigue el combate. En el *Folsterhöhe* y en el *Galgenberg* se instalan seis baterías y después la lucha se extiende á los dos puntos en que se ha desarrollado por la mañana, es decir, á la planicie y á las alturas.

En la planicie, los prusianos se esfuerzan durante largo tiempo en vano por salir del bosque de Stiring, siendo varias veces rechazados hacia el interior del mismo; pero su tenacidad y su número cada vez mayor les permiten al fin avanzar, y entonces llegan á la carretera de Forbach, se apoderan del pequeño grupo de construcciones conocidas con los nombres de *Baraque-Mouton*, *Brême-d'Or* y *Maison de Douane*, y se acercan á las fábricas de Stiring.

Por la parte de la meseta, las primeras fracciones del III.^o cuerpo, después de haberse reunido delante de Sarrebruck, relevan á los soldados del general Kameke, y á cosa de las tres y media dos batallones del 48.^o prusiano, que bajan de Winterberg, llegan á la carrera hasta el pie de las alturas cubiertas de bosques. Durante una hora se suceden en la *Gifert-Wald* una serie de combates confusos é indecisos, muy parecidos á los que aquel mismo día libraban los franceses del ejército de Alsacia en la *Niederwald*: el enemigo, engrosado por algunos refuerzos, llega hasta el lindero Sur de la selva; el general Doens, jefe de una de las brigadas de Laveaucoupet, abandona sus posiciones de Spicheren y acude presuroso para contener la marcha desbordante del invasor, y se traba entonces una terrible refriega. Al principio los franceses recobran terreno, pero por los puentes de Sarrebruck desfilan sin cesar tropas de refresco que á toda prisa son enviadas á las alturas. El general Doens es herido mortalmente; el coronel de Saint-Hillier cae muerto, y es herido también el teniente coronel de Boucheman. De nuevo llegan los prusianos al borde del bosque y todo nuestro esfuerzo se limita á contenerlos. En el entretanto, progresa también el ataque en el *Rotherberg* y el general de Laveaucoupet se ve obligado á empuñar la espada para animar y sostener á sus hombres que están extenuados.

El combate, que hasta las tres y media había permanecido estacionario, empezaba á sernos desfavorable. Frossard, realmente inquieto, esperaba en vano la ayuda del

3.^{er} cuerpo sin que apareciera ninguno de los comandantes de división de Bazaine, ni Metman, ni Castagny, ni Montaudón. Sólo llegó la brigada de dragones, socorro poco eficaz, ya que sólo la infantería podía evolucionar cómodamente en el terreno accidentado en que se combatía. El general Frossard telegrafió directamente á Montaudón: «¿Habéis recibido orden de enviar tropas á mi derecha, hacia Grossblierströf? En caso afirmativo, apresurad su marcha.» En medio de aquella gran penuria, el único recurso era la división Bataille que casi entera había sido sacada de sus campamentos de Oettingen; pero, por desgracia, sus efectivos eran insuficientes, y además debía concretarse á distribuirse entre Spicheren y Stiring, llevando sus fuerzas á uno ú otro lado del campo de batalla, según las alternativas de la lucha.

No obstante estas desventajas, pudo aquella división restablecer por un momento el combate que flaqueaba, consiguiendo en la meseta contener al enemigo y aun hacerle retroceder un poco; y por el lado del Stiring las sombrías perspectivas de la jornada se iluminaron de pronto con resplandores de victoria. A cosa de las cinco (sin que pueda fijarse la hora exacta, pues en aquella acción no fué posible precisar las horas rigurosamente), por la carretera que describiendo un zizás descendió desde Spicheren á la llanura, vióse bajar á uno de los regimientos de la división, el 67.^o de línea apoyado á retaguardia por un batallón del 8.^o; el regimiento logra arrojar de las herrerías al enemigo y después, á pesar de un fuego terrible, avanza por terreno descubierto, se lanza sobre el bosque de Stiring y se apodera de él en un soberbio arranque. Varias compañías prusianas son dispersadas, divididas y arrojadas al lindero opuesto; se recuperan cinco cañones que antes habían sido abandonados, y extendiéndose el movimiento de retirada, el enemigo retrocede hasta Schœneck y hasta Drahtzug. Fué aquel un contraataque admirable, aunque parcial y tardío, que demuestra lo que habría sido una ofensiva general intentada en el momento propicio, es decir, en aquellas horas del mediodía en que nuestra pasajera superioridad parecía prenda de triunfo.

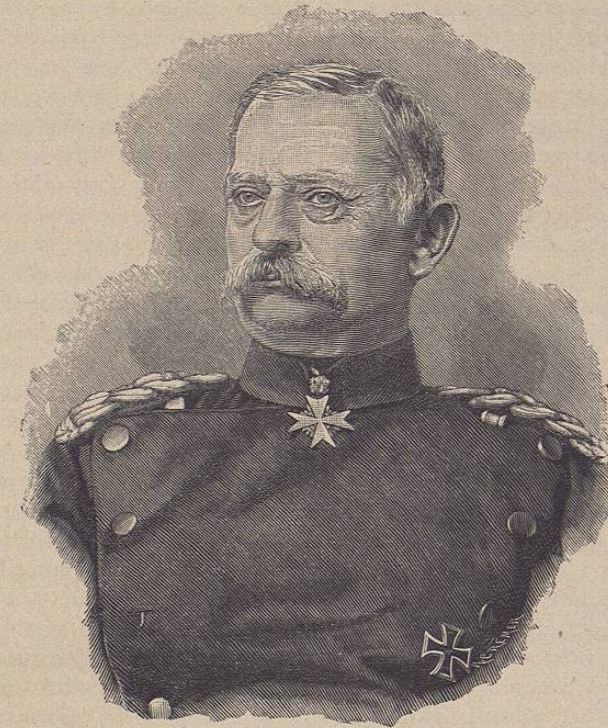
Los comandantes prusianos Goeben, Zastrow y Alvensleben, reunidos en el Galgenberg, esperaban de un momento á otro la victoria, y en esta confiada esperanza descansaban cuando se enteraron de la frágil, pero brillante ventaja obtenida por los franceses; algunas bombas que junto á ellos estallaron les hicieron ver, mejor que todo lo demás, que la acción no se había ganado todavía y que era necesario terminar el doble esfuerzo comenzado por la mañana, es decir, el esfuerzo contra las alturas y el esfuerzo contra Stiring.

Continuó, pues, la lucha mientras el sol iba hacia su ocaso. El enemigo, que ocupaba los bordes del Rotherberg, pero no todos los estribos de la montaña, y, por que tuviera prisa por acabar ó por bravuconería, intentó llevar su caballería hasta los escarpes, y los húsares se aventuraron dos veces á esta temeraria operación, mas las dos con desgraciado éxito. Más afortunada fué la artillería que, á costa de grandes esfuerzos, consiguió subir ocho piezas á lo alto de la colina. El general Laveaucoupet quiso realizar algunas tentativas enérgicas, pero hubo de abandonar todo el *Rotherberg* así como la *Gifert-Wald* y de retirarse al lindero Sudoeste de los

bosques. En el entretanto, los generales prusianos, sobre todo Alvensleben, habían fijado su atención en el Forbacher-Berg, que dominaba toda la carretera, el ferrocarril y todo el valle, y comprendido que la toma de aquella posición, al establecer una solución de continuidad entre los defensores de Stiring y los de Spicheren, obligaría al 2.^o cuerpo á retirarse. Las baterías instaladas en el Folster-Höhe prepararon el ataque y todas las tropas frescas se lanzaron al ataque de la colina; en las alturas había desplegados cuatro ó cinco batallones nuestros, y después de un sangriento y encarnizado combate, fué tomada aquella posición.

En la derrota: «Mi derecha, instalada en las alturas, decía en él el comandante del 2.^o cuerpo al mariscal, se ve obligada á replegarse. Me encuentro gravemente comprometido. Enviadme tropas muy de prisa y por todos los medios.» Antes de poco, ni siquiera los refuerzos podrían mejorar la situación. En aquellas circunstancias casi desesperadas, el hecho siguiente precipitó la derrota.

Mientras proseguía la lucha por el lado de Spicheren y por el de Stiring, recibió Frossard el aviso de que una fuerza de infantería, acompañada de artillería, avanzaba por la carretera de Sarrelouis á Forbach. Aquellas



El general Kameke

No iban mejor nuestros asuntos por el lado de Stiring. Ya no quedaba huella de los cortos éxitos debidos á la división Bataille, y nuestros soldados habían sido aplastados por las baterías prusianas en los bosques por donde habían avanzado persiguiendo á sus adversarios. Al mismo tiempo, el enemigo, que se había replegado hacia Drahtzug, se reorganiza, y reforzado con algunas tropas, vuelve á tomar la ofensiva, reconquista el bosque, sale por el lado opuesto y se lanza al ataque de las herrerías. Prolóngase la resistencia detrás de las paredes de las fábricas y de los montones de escorias; pero los asaltantes avanzan sin cesar y llegan á las primeras casas de la aldea.

Frossard había llegado tarde al campo de batalla. Mucho le costó, según parece, perder toda esperanza, y así lo demuestra el telegrama dirigido á Bazaine á las cinco y cuarto de la tarde, en el que se lee: «Confío en quedar dueño del terreno, pero la lucha puede volver á empezar mañana por la mañana ó tal vez por la noche;» y en vista de que no llegaba ningún refuerzo, pedía que á lo menos le enviaran por ferrocarril un regimiento de infantería. Un cuarto de hora después, otro despacho, exento ya de toda ilusión, revelaba la inmi-

columnas, cuya aproximación se anunciaba, eran las de la 13.^a división prusiana que habían pasado al mediodía el Sarre por Wehrden y que, después de un largo alto, acababan de reanudar su marcha por haber oído el cañoneo cada vez más nutrido, y remontaban las márgenes del Roselle. Ninguna otra noticia hubiera podido causar mayor turbación en el ánimo del general en jefe, porque si al doble esfuerzo intentado contra nuestras dos alas se añadía un ataque por el lado de la carretera de Sarrelouis, corrían los nuestros el peligro de ser cogidos de flanco por la retaguardia, con lo cual la retirada sería imposible, si no para la división Laveaucoupet, que podía retroceder libremente por las alturas, á lo menos para la división Vergé, que combatía alrededor de Stiring. Aumentaba la ansiedad la penuria de los efectivos: todos los regimientos habían sido llevados uno tras otro al lugar de la acción principal, y en las inmediaciones de la carretera de Sarrelouis sólo habíamos conservado una compañía de ingenieros y una parte del 12.^o de dragones á las órdenes del coronel Dulac, destacamentos á los cuales se habían agregado doscientos reservistas recién traídos por el ferrocarril. Contra este puñado de hombres se lanzó, entre seis y

siete de la tarde, la vanguardia de la 13.^a división; pero afortunadamente el valor pudo más que el número, y aquella pequeña fuerza, situada en un montículo, al Sur de la carretera de Sarrelouis, contuvo durante largo tiempo al enemigo y con su serenidad y su bravura salvó, á lo menos aquel día, Forbach. Este peligro, que venía á juntarse á todos los otros, venció las últimas vacilaciones de Frossard, quien á las siete y veinte telegrafió á Bazaine: «Estamos envueltos por la parte de Wehrden; sitúo toda mi gente en las alturas.»

Aquello significaba la retirada. Varios destacamentos continuaron la lucha, los unos por imposibilidad de interrumpir la acción, los otros por ignorancia de una orden que en la confusión de la refriega y en medio de la obscuridad creciente no llegó hasta ellos. Por la noche todavía se peleaba en las inmediaciones de Stiring. Al fin la división Vergé se retiró por Forbach; la división Laveaucoupet se había retirado al Sudoeste de Spicheren, rechazada más bien que vencida; y á las once de la noche los valientes soldados que habían defendido tenazmente la meseta, comenzaron á replegarse en dirección á Behren. La división Bataille, algo menos maltratada que las demás y encargada de cubrir la retirada, fué la última en retroceder, y hasta que despuntó el día no se retiró de Oetingen. El enemigo no nos persiguió, ya porque estuviera excesivamente fatigado, ya porque la obscuridad fuera demasiado profunda, ya porque los accidentes del terreno hicieran imposible la intervención de la caballería; ni siquiera entró en Forbach, que no ocupó hasta el día siguiente, y aquella pequeña población, evacuada por los nuestros, esperó durante toda la noche á un enemigo que no llegaba. Frossard había ordenado que el ejército se dirigiera á Sarreguemines, pero luego mandó que se encaminara á Puttrelange, pueblo en donde á la mañana siguiente debían reunirse las divisiones vencidas. Estas habían tenido 2.000 muertos ó heridos y 2.000 prisioneros, y causado al enemigo más de 4.000 bajas; habían salvado sus piezas de artillería y sus banderas, abandonando, en cambio, muchos carros, un tren de puentes y gran cantidad de provisiones.

Las carreteras que surcan las colinas entre Sarreguemines y Forbach no vieron pasar solamente, en aquella noche del 6 al 7 de agosto, los regimientos del 2.^o cuerpo: muchas veces, durante aquella marcha inquieta y fatigada, los que se retiraban pudieron percibir á lo lejos el rumor de otras columnas, que, desorientadas al través de las tinieblas, ora se detenían para reconocer el terreno, ora se apresuraban para recuperar el tiempo perdido: y en medio de aquel gran silencio, oíase el paso acompasado de los hombres, el choque de las cantimploras, el pesado rodar de los cañones. Aquellas tropas, tan extenuadas por la marcha como los soldados de Frossard por la batalla, eran las del 3.^{er} cuerpo. Esta es ocasión de explicar el conjunto de circunstancias adversas, de timideces, de malas inteligencias, que había paralizado hasta la noche á los generales Metman, Castagny y Montaudón, es decir, á los comandantes de división de Bazaine.

Era mediodía cuando el general Metman, acampado en Marienthal, recibió de Bazaine la orden de dirigirse con una parte de sus tropas á Bening y de vigilar las cercanías de Merlebach. La orden tenía el mérito de

ser lacónica, pero lo era demasiado; faltábale el comentario que la habría aclarado, pues ni contenía el aviso de ponerse á la disposición del general Frossard, ni se hacía en ella la menor alusión al combate empezado. A las tres Metman había llegado á Bening; no distaba más que nueve ó diez kilómetros del campo de batalla y oía distintamente el cañoneo que por momentos aumentaba. Allí se detuvo, y sin pedir nuevas instrucciones, esperó pasivamente. A las cuatro llegó una orden de Bazaine, pero que parecía imponer la inacción, puesto que el mariscal no hablaba del 2.^o cuerpo ni del combate, y se limitaba á disponer que la división se situara por la noche entre Bening y Betting. Al mismo tiempo un mensaje apremiante de Frossard llamaba á Metman á Forbach; pero la desgracia, que en aquella jornada se sumó á las faltas, hizo que la división se perdiera; á consecuencia de lo cual prolongóse la inmovilidad durante muchas horas, no sin que levantara algunos murmullos entre los más fogosos. El cañón seguía retumbando y las probabilidades favorables á nosotros se disipaban una á una á causa de la carencia de refuerzos. Eran más de las siete cuando llegó á la estación de Bening el siguiente telegrama de Frossard: «¿Está ahí Metman? Que venga.» Metman dirigióse apresuradamente hacia Forbach, á cuyos arrabales llegó á cosa de las nueve y media; pero todo había ya concluído.

Muy parecida fué la suerte de la división Castagny. El día 6, este general estaba en su vivaque de Puttrelange cuando, á la madrugada, oyó el cañoneo; y haciendo que su división tomara las armas, escogió, entre todos los caminos, no el mejor, sino el más corto, y por una feliz inspiración se dirigió á Forbach. Por el camino recibió el mensaje de Bazaine que le ordenaba ir á Farschwiller y á Theding; pero, sin hacer caso de aquella orden, contestó que se encaminaba allí donde se oían cañonazos. Después que hubo andado seis kilómetros, encontró una «bonita posición» y se detuvo, deseoso de informarse de la importancia del combate y no queriendo, según sus propias palabras, «derrengar á sus hombres inútilmente (1).» En aquel instante no se oía ninguna detonación, y además un oficial encargado de realizar un reconocimiento volvió con noticias tranquilizadoras; en vista de lo cual, Castagny, sin esperar más informes, regresó á Puttrelange. Mas apenas llegó allí, oyóse nuevamente el cañoneo, esta vez «con un estrépito abominable;» eran las cinco, y el general puso nuevamente en marcha sus regimientos. Al cabo de dos horas encontró cerca de Theding algunos fugitivos y luego á un oficial que, dirigiéndose á él, le dijo: «Todo está perdido (2).» El general prosiguió su camino hasta Tenteling y después volvióse atrás, y entre las sombras de la noche, regresó con sus tropas extenuadas á Puttrelange.

Lo mismo pasó con la división Montaudón. Hallábase ésta en Sarreguemines, es decir, en la extrema derecha, sirviendo de enlace entre el 3.^{er} cuerpo y el 5.^o, y á eso de las diez de la mañana había oído retumbar el cañón por la parte de Sarrebruck. El general Montaudón no había abandonado sus posiciones, esperando las órdenes de Bazaine y temiendo además por sí

(1) Declaración del general de Castagny. (Véase *Procès Bazaine*.)

(2) Declaración del capitán Becat. (Véase *Procès Bazaine*.)

mismo, ya que se había señalado por allí cerca la presencia del enemigo. A las tres, poco más ó menos, recibió de Saint-Avold el despacho que le ordenaba ir á Grossblierstroff y ponerse á la disposición del general Frossard; pero la orden era tardía, y para colmo de desgracia, fué ejecutada lentamente. Cerca de dos horas transcurrieron antes de que la división pudiera salir de Sarreguemines, y en Rouhling, un nuevo retraso se sumó á todos los de la jornada (1). Cerca de Lixing, Montaudón encontró á un oficial de Estado mayor del 2.^o cuerpo, el capitán Allaire, que le rogó y suplicó que acudiera al lugar de la acción lo más pronto posible. El general apresuró su marcha á campo traviesa, pero en el entretanto había cesado el cañoneo y la noche había cerrado. Cuando estuvo á tres kilómetros de Forbach, envió á un oficial para que dijera á Frossard que estaba á su disposición; pero Frossard ya se había marchado, la población estaba desierta y el combate había concluído.

El 7 de agosto, toda aquella masa confusa de hombres, caballos y carros fué á parar á Puttrelange, y por una ironía singular del destino, todo lo que había permanecido diseminado en el momento de la batalla había de encontrarse concentrado al día siguiente de la derrota. Los soldados, que llevaban dos noches casi sin dormir y que no habían recibido con regularidad sus raciones, y que además se hallaban extenuados por las marchas ó por los combates, apenas llegaron á la población se dejaron caer rendidos, como gente á quien nada interesa como no sean los víveres y el descanso. Los que más ruidosamente se lamentaban eran los infelices soldados de Frossard, muchos de los cuales habían perdido sus efectos de campamento y sus utensi-

(1) Véase *La guerre de 1870-1871*, redactada en la Sección histórica del ministerio de la Guerra, tomo VIII, págs. 202-204.

lios y no sabían cómo preparar la sopa ó disponer un refugio donde descansar. Sin embargo, aquellos en quienes el cansancio no había embotado la inteligencia pensaban con sombrío abatimiento en todas las revelaciones que de la jornada de la víspera se deducían: Froeschwiller ofrecía la imagen del valor traicionado por la suerte, y el pesar, por grande que fuese, no estaba mezclado con remordimientos; Forbach dejaba la impresión de una victoria casi alcanzada y escapada poco á poco de nuestras manos. Frossard, en presencia de fuerzas inferiores, había carecido de golpe de vista y de decisión; Bazaine, mucho más culpable, sólo había dado órdenes tardías, instrucciones vagas, y en parte por mediocridad de genio, en parte por egoísmo, había seguido únicamente de lejos una batalla que no conceptuaba suya. A pesar de los continuos avisos del cañón, ninguno de los comandantes de división de Bazaine se había atrevido á tomar una de esas iniciativas prontas que salvan á los pueblos y labran las reputaciones. Cuando la gravedad de las circunstancias exigía una solidaridad completa, cada cual había mirado únicamente su propio horizonte, y más ó menos inconscientemente, se había preparado á no llevar sino medio luto por lo que resultara ser ajeno fracaso; y esto fué causa de la desgracia de todos. En el cansancio de la jornada, en el desorden de la derrota, sólo unos pocos vislumbraron estas perspectivas, y aun confusamente y á intervalos. Pero una cosa grabó desde el primer momento en los espíritus el sentimiento de la derrota: así como el ejército de Mac-Mahón se retiraba á través de los Vosgos, así también comenzó el ejército de Bazaine desde el día 7 á retroceder hacia Metz. Nuestras tropas desandaban el camino que acababan de recorrer y ningún soldado francés había de volver á pisar jamás las hermosas campiñas lorenesas que iba dejando á su espalda.